

LA MARIPOSA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIETADES.

AGRICULTURA.



Aunque el asunto que forma hoy el objeto de nuestro artículo, no parece propio de las circunstancias actuales, sin embargo mientras todos se ocupan de ellas, no estará de mas arrojar de cuando en cuando una rápida mirada ácia el porvenir.

Ademas de que la agricultura se presta por si misma á grandes reflexiones, como nuestros campos cuando dejen de ser el teatro de la guerra, serán el reino de esta industria como muchos lo han pensado, no nos parecen mal traídas nuestras consideraciones sobre este asunto.

Aunque la naturaleza produce por si sola abundantes frutos que alimentan al hombre, con todo este reúne á ella sus esfuerzos para obtenerlos mas hermosos y en mas abundancia. Ademas esparcidos como están los hombres por los diferentes puntos del globo no todos habitan un suelo fértil que les suministre el alimento sin necesidad de sus desvelos. Pero como Dios no sacó al hambre de la nada para hacerlo volver á ella al instante, le ha dado en su inteligencia y en su fuerza física los medios de procurar á la conservación de su existencia. De este modo convierte el suelo árido y esteril en fecundo y hace que le suministre los frutos necesarios para su alimento en lugar de las yerbas insalubres que antes producía.

No nos detendremos mas en probar

la utilidad de este ramo de la industria humana. Pero citaremos un solo ejemplo que la confirma y la manifiesta bien.

El Egipto se halló en un estado muy lamentable; sus campos estériles sin ser fecundados por las lluvias que en él son escasas, no producían nada; las inundaciones del Nilo que podrian suplir esta falta, á causa de las desigualdades del terreno formaban pantanos asquerosos; en una palabra los habitantes de ese suelo no veían en torno suyo mas que la escasez y la miseria. Mas su industria agrícola hizo bien pronto cambiar de aspecto á sus tierras; el Nilo fué detenido por fuertes diques, el terreno nivelado, é innumerables canales cruzaban por todas partes fecundizando las tierras; en una palabra la riqueza y la abundancia reemplazaron á la escasez y á la miseria.

Mas todos estos esfuerzos habrian sido vanos si el agua y un calor moderado no hubiesen cooperado á ellos. Esta opinion es muy respetada y confirmada por la esperiencia. Los Egiptios no hubieran tenido otro recurso que el de parecer en medio de la miseria, si el rio no corriese inmediato, si sus tierras no se hallasen en tal temperatura.

Nuestro suelo ademas de ser fértil y hermoso, se halla bajo la zona templada, las lluvias no dejan de humedecerlo periodicamente y mil rios y arroyuelos lo cruzan en todas direcciones; debe pues producir frutos hermosos y abundantes. Los que han

recorrido nuestra campaña, se han visto à cada paso detenidos por espesos bosques que ofrecían los frutos más delicados, las plantas más preciosas, y las flores más bellas. Todo esto es obra solamente de la naturaleza; el hombre aquí no ha reunido à ella el menor esfuerzo.

Siendo pues este un suelo tan fértil, que con limitadísimos trabajos produciría cuanto pudiese ambicionarse ¿ como es que sus habitantes no lo han cultivado, enriqueciéndose con sus producciones? ¿ de donde ha nacido ese descuido de la agricultura?...

Tratemos de investigarlo.

Es indudable que las necesidades que han rodeado al hombre han sido el origen de la industria.

El que vive entre ellas, privado de los medios de satisfacerlas, cediendo à ese instinto de la propia conservación, no deja un instante de meditar el modo de conseguirlos. Sus meditaciones no son vanas, encuentra lo que deseaba, y la industria aparece.

Por el contrario un hombre que no hace más que tender su vista en derredor, y ve à la naturaleza ofreciéndole cuanto desea para llenar sus necesidades, no tiene impulso alguno que le haga meditar sobre esto; ignora la industria por que jamás ha tenido necesidad de ella.

La miseria aun, hace nacer en el corazón del hombre la ambición de atesorar riquezas, porque piensa que tal vez mañana, un acontecimiento imprevisto le haga incapaz de continuar sus tareas, y necesitará sin embargo el fruto de ellas, además sus fatigas le hacen abrigar el deseo del descanso y de procurar que no duren todo el tiempo de su vida; para esto necesita riquezas y procura encontrarlas con la mayor brevedad, y la indus-

tria que pone en acción progresa con sus esfuerzos.

Por el contrario, el que no siente las más urgentes necesidades para cuya satisfacción se emplean las riquezas ¿ que anhelo de ellas puede tener?

Rapidamente hemos bosquejado dos estados del hombre diametralmente opuestos. Al primero pertenecen los Europeos, al segundo los Americanos, nuestros paisanos sobre todo.

En efecto ellos han vivido en medio de la naturaleza semejantes à los hijos mimosos en el seno de una cariñosa madre. Ella les ha brindado por todas partes la abundancia.

Pero es en el ganado vacuno particularmente donde se hace notable esa abundancia. Como una confirmación de lo que hemos enunciado citaremos los datos siguientes que hemos extractado de un artículo publicado en el número 1,525 del COMERCIO DEL PLATA.

La cantidad de cueros vacunos exportados de nuestro puerto ascendía.—

En 1840 à 1,238,445

» 1841 à 1,266,395

» 1842 à 1,251,204

De modo que en tres años solamente se habían exportado 3,876,544.

Esta abundancia en que han rebozado los habitantes de nuestra campaña ha sido sin duda del descuido de agricultura que hemos experimentado.

El pastoreo y la caza forman su pasatiempo indispensable, y son las únicas tareas à que podrían haberse dedicado.

Sin embargo, como ya lo hemos dicho, nuestro suelo es uno de los que más se prestan à la agricultura.—

PUEDEN CULTIVARSE EN ÉL, como ha dicho el Sr. Lamas, TODOS LOS VEGETALES DEL MEDIODÍA DE EUROPA. Además el Sr. Azara añade:—EL TRIGO PRODUCE, AÑO COMÚN, DOCE POR UNO, CASI EL DOBLE DE

LAS PRODUCCIONES ORDINARIAS EN OTROS PAISES.

Es indudable pues que si se explotase el reino vegetal, la riqueza y la abundancia cundiría por todas partes, en todas las clases de la sociedad.

Pero aun nos resta examinar una cuestión:—¿ Como es que debemos entender esta explotación del reino vegetal? ¿ será como una dedicación absoluta à esta industria?—Veamos.

Hasta ahora nuestra riqueza ha consistido en los numerosos ganados que se crían en nuestros campos. Destinados estos à la agricultura disminuiría ó desaparecería del todo. ¿ Cual de las dos riquezas pues sería más considerable, la que resultase de la agricultura ó la que resultase del pastoreo?

Esta cuestión es para nosotros algo difícil de resolver; pero hé aquí el modo de conciliar las dos faces bajo las que se presenta.

No todos los campos son propios para la agricultura; hai algunos que producen «pastos salitrosos» que alimentan y conservan el ganado, al contrario hay otros que por su propia naturaleza, se prestan más al cultivo de los hombres y producen mejor los frutos que forman su alimento.

Una absoluta dedicación pues à la agricultura, además de destruir la riqueza que resulta de la cria de ganados, tal vez no compensase su falta. La conciliación de estas dos industrias, à nuestro modo de ver, constituiría la verdadera riqueza del país. G. P.

NAPOLÉON

Fragmento de una traducción libre de LACARTINE,

Por GERARDO G. DE AVELLANEDA.

Sobre un escollo por el mar batido
El marinero desde lejos mira
De una tumba brillar la blanca piedra,

Y entre el verde tejido
De la zorza y la yedra
Que unidas flotan en flexibles lazos,
Sobre la humilde losa se descubre
Un astro hecho pedazos!

Aquí yace!... no hay nombre! al Universo
Preguntarlo podéis... él os lo muestra
De las playas del Don hasta las cumbres
Del soberbio Cedar, con sangre escrito,
Y en bronce y mármol, y es el fuerte pecho
Y aun en el corazón de los esclavos
Que unidos à su carro de victoria
Despojos fueron de su escelsa gloria.

Después de los dos nombres anunciados
Por un siglo à otro siglo, nombre alguno
Tan lejos no voló, ni planta humana
Cuya ligera huella un soplo borra,
Y Grabar, lograra un sello tan profundo,
Tembló à su paso el mundo,
Que à su arrogancia estrecho parecia,
Y hora aquí detenido
Puede el espacio que en la tierra ocupó
Con tres pasos de un niño ser medido.

¡Yace aquí!... ni un murmullo
Produce ya su sombra!... impunemente
El pie de un enemigo con orgullo
Hollar puede su tumba, y por su frente
Sin recelo el moscón zumbando gira,
¡Yace aquí! y à su oído
Do sonára del bronce el estallido
Cual música halagueña,
Solo llega el monótono ruido
De las olas del mar contra una peña.

No temas, sin embargo, inquieta sombra,
Que con acento impío
Llegue à turbar tu majestad callada;
No, que no insulta con furor la lira
La paz solemne del sepulcro frío,
Y en él la gloria mira
Su fiel asilo, su mansión sagrada.
No vierte el odio su infernal veneno
En ese asilo triste, y à su seno
Nada penetra à perseguir al hombre.

¡Escepto la verdad! — Sobre la tumba
Ella sola severa juzga y falla,
Yá su voz, que en el fúnebre retumba,
La Muerte tiembla, el Universo calla.

Veló una nube oscura

Tu cuna y tu sepulcro: apareciste
Relámpago veloz entre vapores
De horrible tempestad: desconocido
Era tu nombre el mundo todavía,
Y en desconcierto, confusión y horrores
Tu fatal existencia presentía.

Así antes que fecunden

Los términos de Ménfis,
Del Nilo los anónimos raudales
Mujer por los desiertos arenales.

Sin Dios los templos, derrocado el trono,

Te levantó en sus alas la victoria,
Y sobre la cerviz de un pueblo libre
Un sollo y un desol plantó tu gloria.
El siglo desbocado
Que reyes, aras, Dioses arrastrara
En su rauda corriente,
Un paso dió ácia atrás, y fascinado
Besó tu mano y te dobló la frente.

El error combatiste y atrevido

Luchaste cual Jacob contra una sombra,
Y á los pies de un mortal se vió caído
El gran fantasma que á la tierra asombra.
De nombres respetables
Profanador sublime, fueron ellos
De tu ambición juguetes miserables,
Como los vasos del cristiano onto
Ser suelen entre báquicas escenas
Del sacrilego vil presa ó insulto.

Cuando un siglo educe se alborota

Con delirio altanero,
No su cadena de opresión quebranta
Al clamar Libertad: no, que un guerrero
Del polvo se levanta
Con su ceño le toca, desvanece
El frenético sueño,
Y la verdad terrible resplandece.
¡Oh! si ese ceño á menos de su dueño
Devuelo hubiese tu triunfante mano!

Si las ilustres víctimas tu escudo,
Tu fuerte escudo protector cubriera,
Yá la régis corona
Hubieses vuelto el esplendor primero!
En tu augusta carrera
Vengador de los Reyes, y mas grande
Que los mas grandes Reyes, que perfume
Tu fama ilustre conseguido hubiera!
Cómo de jente en jente
Con alta admiración y amor profundo
Fuera acatado tu laurel fulgente
Y que homenaje te rendiera el mundo!

Empero ya caiste

Por huracan borrisono lanzado
De tan escasa cumbre en esta roca!
Tu manto rejío visto
Entre tus enemigos destrozado,
Y la suerte, esa númer,
Ese Dios que adoró tu audacia loca,
En la cima de gloria y de ventura,
Por último favor te dió este espacio
Entre el sollo y la humilde sepultura.

Silencio! su sepulcro está cerrado

Sus bazañas y crímenes oscilan
En la eterna balanza. ¿Cual osado
Mortal se arroja á decidir, midiendo
Del Señor la piedad, suma insondable?
¿Y quien afirmar puede que en vosotros
Ministros de su cólera no sea
El jenio una virtud?... Su inescrutable
Justicia reverencio:
Ya el fallo se dictó!... Basta!... Silencio!

LA SOTA DE ESPADAS.

(Continuacion.)

La anciana condesa Ana Fedowna se hallaba sentada frente á su tocador: tres camareras le rodeaban; una tenia en la mano el colorete, otra una cajita de alfileres negros, y la última una enorme papalina de encajes con cintas de color de fuego. La condesa no tenia la menor pretension de belleza, pero conservaba todas sus costumbres de cuando era jóven, se vestia á la moda de hace cincuenta años y gastaba en componerse todo el tiempo y ceremonias de una señorita del siglo pasado. Su señorita de compañía trabajaba al bastidor en el hueco de una ventana.

—Buenos días, mamá,—dijo un jóven oficial entrando en el gabinete.—Buenos días señorita Lisabeta. Mamá, traigo una solicitud.

—¿Cual es, Pablo?

—Permitidme que os presente un amigo mio, y haced que le conviden al baile.

—Está bien, traéle al baile y allí me le presentarás. ¿Has estado ayer en casa de la princesa...?

—Ya lo creo, estuvo magnífico; se bailó hasta las cinco: quien estaba encantadora era la señorita Eletzki.

—A fé mia que no tienes un gusto bien delicado: lo que habia que ver era su abuela la princesa Daria Petrowne. Pero dime, ya debe estar bien acabada la princesa...

—Como, acabada! ya lo creo,—esclamó atropelladamente Tomski,—como que hace siete años que se ha muerto!

La señorita de compañía levantó la cabeza é hizo una seña al jóven oficial, para recordarle que la condesa habia prohibido que se hablase delante de ella de la muerte de sus contemporáneos. El jóven se mordió la lengua,

aunque la condesa conservó la mayor sangre fria al saber que su amiga no estaba ya en este mundo.

—¡Muerta!—dijo,—no lo sabia; juntas fuimos nombradas camaristas, y cuando nos presentamos, la emperatriz...

La condesa contó por la centésima vez una anecdota de su juventud. Pablo—dijo al concluir,—ayúdame á levantarme; Lisanka, ¿donde está mi caja de tabaco?

Y seguida de sus tres camareras, pasó de tras de un gran biombo para concluirse de vestir. Tomski se quedó sólo con la señorita de compañía.

—¿Quién es ese caballero que quereis presentar á la señora?—dijo en voz baja Lisabeta Yvanovna.

—Naroumof. ¿Lo conoces?

—No: ¿es militar?

—Sí.

—¿De injenieros?

—No, de caballeria; ¿porqué preguntais si es de injenieros?

La señorita de compañía se sonrió, sin responder.

—¡Pablo!—gritó la condesa por detras del biombo,—envíame una novela nueva cualquiera, pero no de las que se estilan hoy.

—¿Cuando la quereis, mamá?

—Una novela, donde el héroe no mate á su padre ni á su madre, y donde no haya ahogados; nada me dá mas miedo que los ahogados.

—¿Y donde voy á encontrar una novela de esa especie?

—¿La quereis rusa?

—¿Pues qué las hay? Me traerás una, no es verdad, que no te se olvide.

—No se me olvidará: adios mamá, tengo mucha prisa, adios, Lisabeta Yvanovna; ¿porque querias que Naroumof fuese injeniero?

Y Tomski salió del tocador.

Lisabeta Yvanovna que se quedó sola, volvió à su bordado y se sentó en el hueco de la ventana. Inmediatamente se vió en la calle en la esquina de enfrente, à un jóven oficial; su presencia hizo ruborizar à la señorita, que bajó la cabeza casi ocultándola con su cañamazo. En este momento entró la condesa completamente vestida.

—Lisabeta,—dijo,—manda enganchar, porque vamos à dar un paseo.

Lisabeta se levantó, y se puso à arreglar su bordado.

¿No lo has oído? ¿eres sorda? ¿que enganchen al instante.

—Voy, voy,—respondió la señorita de compañía corriendo à la antecámara.

¿Habeis visto en la alegre primavera,
Su primer boton abrir la rosa?
¿Habeis visto vagar en la pradera,
Juguetona y fugaz la mariposa?

¿Habeis visto nacer en el Oriente,
Con mil bellos matices à la aurora?
¿Habeis visto bajar al Occidente,
El Sol que con su luz el cielo dora?

¿Habeis visto en la noche tempestuosa
Entre nubes lucir pàlida estrella?
Pues mil veces mas pura y mas hermosa
Mas celestial y encantadora es ELLA...

F. FERREIRA.

Abril 4 de 1851.

Consecuentes à la promesa que hicimos en el programa que presentamos al público de ir mejorando como nos fuese posible nuestro periódico, hemos procurado que aparezca este mes la **MARIPOSA** mas embellecida que el anterior.

Nosotros deseáramos que esos ade-

lantos fuesen mas notables; no nos falta el deseo de verificarlo, pero por desgracia todavia en nuestro país esta clase de empresas no pueden mantenerse sin grandes dificultades; ya por los crecidos gastos que demandan, ya por las circunstancias azarosas del pueblo que no se halla en estado de pagar una suscripcion capaz de sufragarlos.

Si consistiera solo en nosotros no vaciláramos un instante en redoblar nuestras tareas desprendiendonos de todo interés particular.

Esta pequeña mejora que hoy ofrecemos à nuestros lectores aumenta considerablemente el presupuesto de gastos; sin embargo no hemos vacilado en hacerla y la mantendremos mientras la suscripcion de, lo meramente necesario para ello; deseando manifestar de este modo nuestra gratitud, por la indulgente acogida que han merecido nuestros pobres ensayos.

Esperamos que habrá tambien mas regularidad en la salida del periódico, pues nuestros suscriptores le tendrán en su casa antes de las diez de la mañana.

F.

LA NIÑA CRISTIANA.

(Continuacion.)

No se necesita mas que una sola mirada como la que dirigió à San Pedro, el Salvador, para commover al alma que está separada de él. La de Clemencia no habia sentido hasta entonces una religion que debia llenar su vida: pero un rayo de su gracia bastó para iniciarla en los misterios que ignoraba. Ella comprendió que no podía negarse al Dios que habia ofrecido su vida en sacrificio de expiacion, la oferta de la nuestra en sacrificio de reconocimiento.

Su madre lloraba con ella y venia tambien à alarmar su reposo.—Oh! antes que dudar de su buena madre Clemencia habria preferido todas las desgracias; y sin embargo ella repetia sin quererlo, y en voz baja;—“Resignada Dios mio, con vuestra voluntad, y con vuestra justicia; sometida al mundo y sus esijencias, yo os ofresco mi vida, para obtener la felicidad de mi madre.”

Su vida, es decir; todos los bienes que debia esperar: los placeres como niña, los de esposa, y los de madre.

—Clemencia se votó al Claustro.—Una melancolia continua, vino à borrar todas las horas de su existencia, y muy en breve resolvió dejar al mundo, y tomar el velo. Se habia verificado en ella una mudanza tan completa que esta determinacion no le inspiró temor alguno.

Mas ¿donde encontrar el valor necesario, para realizar la separacion del lado de su madre? ¿De que modo conducirse para darle el último-adios? ¿Como resolverse à dejarla sola, despues de haberla conservado tanto tiempo en la esperanza de que ella consolara à su vejez, y llenaria el vacio que habia dejado en su corazon todo lo que le faltaba?

Ese valor lo encontrará en la inspiracion que le grita:—“He ahí el unico camino de salud para tí; y quizá para tu madre misma!”

No es posible describir la separacion de dos seres, unidos por esos lazos de la naturaleza, y de la habitud que conviene en una sola vida, dos vida y dos almas. Lo que ellas sintieron consumando juntas el sacrificio, es uno los misterios que la palabra no puede expresar, y que el pensamiento osa, apenas, comprender.

Clemencia entró à un Convento de

Carmelitas... Allí encontró tranquilidad, y dicha. Se figuraba que este tiempo de prueba era su purgatorio, donde Oraria por su madre; y miró al Cielo como el termino seguro: donde ambas debian reunirse.

Estaba todavia en las novicias, cuando M. de M... vino un dia à buscarla en el Oratorio.

Clemencia se presentó sin embarazo, y sin temor de reproche alguno. Ella habia pedido à su padre el consentimiento necesario para ejecutar su resolucioin; y le habia sido otorgado aunque con frialdad, y sin que asistiese à la ceremonia de la toma de habito.

M. de M... se presentó con gravedad, pero sin embargo mas afectuoso que de costumbre. Miró con tristeza aquellos aposentos sin muebles, en los que todo revelaba pr vacacion y sufrimiento: se fijó en el vestido grocero y pesado, que llevaba su hija en el rigor del verano; en la ropa interior de lana, mortificada de continuo, y como decia Clemencia misma purgatorio anticipado.

M. de M... experimentó, por primera vez, un sentimiento paternal en favor de esta hija que habia vivido separada de él: por primera vez pensó que separando el porvenir de madame M... del yugo propio, y comprometiéndolo la vida [de aquella, habia atacado tambien la vida, y el porvenir de su hija.

Su corazon se comprimió; y el remordimiento hizo correr de sus ojos hasta entonces secos, una lágrima de arrepentimiento.

(Continuara.)

Publicamos un fragmento de una traduccion libre de Lamartine, por la célebre poetisa Americana Da. Gertrudes G. de Avellaneda.

La juzgamos bellisima y habriamos deseado publicarla intacta; pero nos ha sido imposible por su mucha estencion.

La Señora de Avellaneda ha probado hasta la evidencia que no es solo al sexo fuerte à quien ha destinado el Cielo, el GENIO y la GLORIA; pues su nombre figura con muy justo titulo, entre los primeros poetas Americanos.

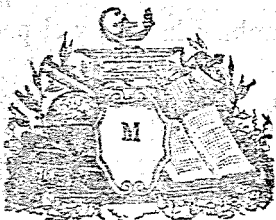
Hé aqui una prueba mas de la necesidad de una educación mas estensa en la muger, cómo lo hemos dicho en alguno de nuestros números anteriores.

¡Cuántas inteligencias ricas habran pasado inapercibidas por falta de un esmerado cultivo!

Creémos que nuestros suscriptores lean con gusto esa produccion de la Sra. de Avellaneda; que indudablemente es una de las mas esquisitas flores de la guirnalda poética de la Joven América.

F.

La abundancia de materiales nos ha obligado à suspender, en el número anterior y en el presente, el artículo sobre el «Origen de los Americanos» que empezamos à publicar. Pero en el número próximo, podrán nuestros suscriptores leer su conclusion.



VARIÉDADES.

Hay muchos medios para enriquecerse, pero pocos que sean honrados; la economia es uno de los mas

seguros, y sin embargo no puede decirse que sea enteramente inocente; por que es algun tanto contrario à los deberes que nos impone la sociedad.

BACON:

Nueva descripcion del Infierno

Predicando un parraco de aldea sobre los tormentos del infierno, los pintaba como insoportables por el frio excesivo que allí hace y decia:—Si oyentes míos, es tan riguroso el frio que se caén las narices eladas, las orejas, etc; y en fin, hiela el fuego.—Como entonces era precisamente la estacion de invierno que hacia temblar de frio en la iglesia à todos los feligreses, al oír que se caian las narices muchos hecharon mano à las suyas; y uno despues del sermon le preguntó porque habia dicho que hacia frio en el infierno cuando todos los teólogos sostenian que allí era el calor por fuerza horroroso no habiendo mas que fuego y llamas por todas partes para castigo de los condenados por toda la eternidad.

—Oh! hay una razon muy poderosa para explicarme así; pues si yo hubiese dicho à mi auditorio que hacia calor, todo el mundo se hubiera condenado por ir allí à calentarse dejad que venga el verano y los disuadirémos de este error.

La emigracion de la casa paterna, es el primer disgusto formal que experimentamos en la vida.

LADY MORGAN.

ADVERTENCIA.—Se reciben suscripciones y se venden números sueltos de la MARIPOSA en la redaccion calle de Sarandi número 71. A la misma casa pueden dirigirse los comunicados.

Imprenta Francesa